

Regiones sin fronteras: hacia una nueva política del lugar

76

La perspectiva convencional sobre ciudades y regiones continúa definiendo a estas como entes territoriales: sistemas económicos locales, régimen de regulación, un lugar llamado hogar. En este texto se propone una lectura alternativa, relacional, de las ciudades y regiones, libre de las restricciones de la jurisdicción territorial, de la que se desprende que las ciudades y regiones deben ser conjuradas como posiciones temporales en constante movimiento material y geografías inmanentes, como «evocaciones» de cosas que han cambiado pero que dejan su huella, como momentos situados en redes distantes, como productos moldeados por las redes que cruzan un determinado lugar. La suma son ciudades y regiones sin fronteras prescritas o proscritas. ¿Por qué importa si las ciudades o regiones son concebidas en términos territoriales o relacionales? El argumento en este texto es que las diferencias tienen una importancia política significativa dado que de estas dos maneras de entender los lugares se derivan sensibilidades muy diferentes de lo político.

Hirien eta lurraldeen gaineko ohiko ikuspegiak lurralde-erakunde gisa definitzen jarraitzen ditu: toki-mailako sistema ekonomikoak, eraentza-araudia, etxea deituriko txokoa. Aitzitik, testu honetan irakurketa alternatiboa proposatuko dugu, hirien eta lurraldeen harremanen artekoa, lurraldeak ezartzen dituen murrizketetatik aske. Ikuspegi horretatik abiatuz, hiri nahiz lurraldeak denboran etengabe mugitzen ari diren jarreratzat hartu behar ditugu, geografia inmanentetzat, aldatu arren guregan azterna utzi duten «oroimenak» bailiran, elkarrengandik urrun dauden sareetako uneak bailiran, leku zehatz bat zeharkatzen duten sareek eraldatutako produktuak bailiran. Guztien baturak mugarik gabeko hiriak eta lurraldeak emango lizkiguke. Zenbateraino dira liskarrok alegiazkoak? Zer dela eta horrenbesteko garrantzia hiriak edo lurraldeak lurralde-terminoetan ala harreman-terminoetan definitzea? Testu honetan adieraziko dugunez, ezberdintasunek esangura politiko garrantzitsua dute, izan ere, tokien egituraketa ulertzeko modu bi horietatik arlo politiko hutsetik haraindi doazen sentsibilitateak eratortzen dira.

The mainstream view of cities and regions is one which continues to conceptualise them as territorial entities: local economic systems, regimes of regulation, a place called home. So, if we are to see cities and regions as spatial formations, they must be summoned up as temporary placements of ever moving material and immanent geographies, as «hauntings» of things that have moved on but left their mark, as situated moments in distanced networks, as contoured products of the networks that cross a given place. The sum is cities and regions without prescribed or proscribed boundaries. What is in such a war of imaginaries? Why does it matter whether cities and regions are territorially or relationally interpreted? My argument in this paper is that the differences matter politically in quite profound ways, because I believe that very different sensibilities of the political spring out of the two readings of place.

ÍNDICE

1. Introducción
 2. La política de la territorialidad: el nuevo regionalismo
 3. Una política de la gestión territorial
 4. Una política de la identidad territorial
 5. Una política relacional del lugar
 6. Una política de proximidad
 7. Una política de la conectividad
 8. Conclusión
- Referencias bibliográficas

Palabras clave: territorialidad, identidad, conectividad, socio-espacial

N.º de clasificación JEL: A13, O18, R12

1. INTRODUCCIÓN

La perspectiva convencional sobre ciudades y regiones continúa definiendo a estas como entes territoriales: sistemas económicos locales, regímenes de regulación, un lugar llamado hogar. Como recuerda Doreen Massey, lo local sigue siendo percibido como el espacio de lo íntimo, lo familiar, lo cercano, lo encarnado; es decir, como un espacio esencialmente separado y distinto del espacio global que se concibe como lo lejano, lo abstracto, lo virtual, lo invasivo, lo hegemónico. El resultado es un mundo de configuraciones territoriales arraigadas o impuestas, de ataque y defensa territorial, de diferencias de escala, de espacios contenedores. La persistencia de este asidero imaginario es extraordinaria porque,

en los últimos años, ha sido cuestionada por dos importantes acontecimientos.

El primero de estos hechos es el surgimiento de las fuerzas estructurales que están transformando a ciudades y regiones en espacios inmersos en redes globales de organización e involucrados rutinariamente en conexiones e influencias distantes. Estos son cambios que hemos aprendido a asociar con la globalización, que incluye flujos transnacionales cotidianos de ideas, información, conocimiento, dinero, personas e influencias culturales; el crecimiento de las redes translocales de organización, como las corporaciones transnacionales, las instituciones financieras globales, los regímenes de gobernanza internacional y las redes culturales transnacionales; y los efectos de aconte-

cimientos distantes como los vaivenes del mercado financiero, los desastres medioambientales, los acuerdos comerciales globales y las decisiones políticas en las naciones más poderosas.

Existe una abundante literatura que destaca la diversidad de procesos de ensanchamiento espacial y perforación territorial asociados con la globalización, que se añaden a la sustitución de un orden mundial de formaciones territoriales arraigadas compuesto de un perceptible dentro y fuera, por un mundo de configuraciones espaciales heterogéneas en términos de su forma geográfica, alcance, influencia y duración. En este nuevo orden emergente, las configuraciones y los límites espaciales no son ya necesariamente territoriales o escalares, puesto que el interior y el exterior social, económico, político y cultural se constituyen a través de topologías de redes de actores que están siendo cada vez más dinámicas y diversas en la conformación espacial (Amin, 2002).

El exceso de composición espacial resultante es verdaderamente abrumador. Ésta incluye radiaciones de redes de telecomunicaciones y transporte alrededor (y también por debajo y encima) del mundo, que en algunos lugares no llegan a conectar barrios vecinos (Graham, 2002). Asimismo incluyen comunidades de fe, mundos de sueños y dominios culturales que atraviesan líneas de longitud y latitud y de forma tan compleja que cualquier intento de identificar las conexiones desde una localización concreta semejaría una masa de garabatos en un mapa (Nederveen Pieterse, 2003). Incluye también redes corporativas y cadenas de proveedores que vinculan productores, intermediarios y consumidores en los lugares más inesperados por medio de patrones

de mutualidad y dependencia fuertemente estructurados y compactos (Dicken, 2003; Hughes y Reimer, 2003). Incluye rutas muy trilladas aunque no siempre visibles de escape, emigración, turismo, viajes de empresa, asilo y terror organizado de alcance transnacional, que cortan a través de comunidades establecidas apriasionándolas en nuevos circuitos de pertenencia y de relación, resentimiento y miedo (Castles y Miller, 1998; Coleman y Crang, 2002; Gray, 2003). Incluye, igualmente, todas las redes trashumantes de lo sagrado, vírico, digital, animal y vegetal que aportan significado y simpatía a escala microcósmica, corporal, aérea, epidemiológica, planetaria y cosmológica y que infunden vida alrededor en un espacio concreto (Whatmore, 2002). Incluye espacios de relación emocional cuyas geografías son casi tan variadas como la vida en la tierra, que van desde los engranajes del hogar, la familia y el parque, hasta las largas redes culturales que alimentan la pantalla y los arreglos musicales impresos en los CD. Incluye los registros políticos que ahora exceden ampliamente los lugares tradicionales de la comunidad, el ayuntamiento, el parlamento, el estado y la nación, vertiéndose sobre la maquinaria de esferas públicas virtuales, organizaciones internacionales, movimientos sociales globales, políticas de diáspora y proyectos planetarios o cosmopolitas (Hardt y Negri, 2000; Connolly, 2002). Esta lista podría seguir indefinidamente pero el argumento se puede resumir así: estas espacialidades son decisivas en la constitución de lo local pero continúan siendo escritas desde el imaginario territorial hegemónico del mundo.

Esta omisión es más sorprendente si cabe porque ha existido desde hace ya

tiempo una lectura relacional del lugar que opera con la ontología del flujo, la conectividad y la expresión geográfica múltiple para imaginar la geografía de ciudades y regiones a través de sus conexiones espaciales plurales. Esta es la segunda razón por la que es extraño que el imaginario territorial/escalar del lugar no haya cambiado. Quizás no sea tan extraño, dado el arraigo persistente de las representaciones territoriales de ciudades y regiones. Se requeriría un gran esfuerzo para cambiar la imagen de círculo concéntrico o de A-Z de Londres por un mapa «relacional» que incluyese la red de lugares de todo el mundo que inyectan alimentos frescos en el centro de distribución de Covent Garden, que incorpora límites de barrios alrededor de asentamientos en países postcoloniales con los que los vínculos sociales y familiares siguen siendo fuertes, que nos hace ver lugares como el aeropuerto de Heathrow o la estación de Kings Cross como radiaciones de senderos que cruzan la tierra desvelando a Londres como un lugar de tránsito y conectividad. Pongo por caso Londres sólo porque me vino a la cabeza antes, no porque esté constituido relacionamente más que cualquier otro lugar. Se pueden conjurar imaginarios similares para los lugares más insospechados, como los campos de Beduinos en el Sáhara creados a lo largo de elaboradas rutas de comercio, y las prácticas religiosas que se extienden por todo el Norte de África y cruzan el océano hasta los puestos del mercado en Nueva York (Stoller, 2002).

Desde la perspectiva geográfica, Doreen Massey y sus colegas en la Open University han contribuido decisivamente al desarrollo de un enfoque relacional del lugar y el espacio apoyado en una orien-

tación filosófica muy valiosa sobre por qué debemos concebir el espacio también como habitar, afinidad, inmanencia, relacionalidad, multiplicidad, gobernabilidad y eficiencia (ver también Thrift, 1999). Estos autores han imaginado todas las maneras en que se puede mejorar nuestra comprensión de la espacialidad de las ciudades. El resultado es una visualización nueva de ciudades y regiones que resulta muy interesante. Estos territorios son redefinidos como nodos que agrupan flujos y que yuxtaponen diversidad, como lugares con flujos relacionales que se superponen —aunque no están necesariamente conectados localmente— como entidades perforadas con conexiones que se extienden muy lejos en el tiempo y en el espacio y, en consecuencia, como formaciones espaciales de una composición, carácter y alcance en constante transformación (Amin y Thrift, 2002). Visto de este modo, las ciudades y regiones aparecen sin ninguna promesa automática de integridad territorial o sistémica puesto que se construyen a través de la espacialidad de flujo, yuxtaposición, porosidad y conectividad relacional. El reto analítico que plantea es conseguir sacar algo en claro de las señales materiales; virtuales y de las relaciones inmanentes que operan a través de un lugar llamado Londres o de un campo Beduino, con una extensión y duración diversa, y que se combinan con una genealogía de relaciones espaciales pasadas, para impulsar a Londres y al campo Beduino en nuevas direcciones de fuerza y expresión. De modo que si entendemos las ciudades y regiones como formaciones espaciales, éstas deben ser conjuradas como posiciones temporales en constante movimiento material y geografías inmanentes, como «evocaciones» de cosas que han

cambiado pero que han dejado su huella (en palabras de Thrift (1999)), como momentos situados en redes distantes, como productos moldeados por las redes que cruzan un determinado lugar. La suma son ciudades y regiones sin límites prescritos o proscritos. ¿Qué hay en esta guerra de imaginarios? ¿Por qué importa si las ciudades o regiones son concebidas en términos territoriales o relacionales? Mi argumento en este texto es que las diferencias tienen una importancia política significativa porque creo que de estas dos maneras de entender los lugares se derivan sensibilidades muy diferentes de lo político. Estas diferencias remiten no sólo al alcance y la amplitud de la actividad política local sino también a lo que se considera políticamente relevante a escala local. Por tanto, mi objetivo es, en parte, ofrecer una comprensión ampliada de lo que significa ser político en el contexto de lo que cuenta como movilización local. Sin duda el regionalismo está vivo en Gran Bretaña, alimentado por importantes tendencias hacia la formación de gobiernos regionales y agencias de desarrollo regional en otros lugares en Europa, impulsados por la reacción contra los demonios del centralismo de estado, la gran nación o la universalidad modernista.

2. LA POLÍTICA DE LA TERRITORIALIDAD: EL NUEVO REGIONALISMO

Hay muchos modelos diferentes de regionalismo contemporáneo en Europa, desde los experimentos de descentralización política impulsados por la gobernanza en Gran Bretaña, Polonia y Hungría,

los regionalismos etno-nacionalistas del norte de Italia y de algunos países del antiguo socialismo de estado, hasta las demandas de los movimientos autonomistas y las luchas de los pueblos «indígenas» (Keating, 1998; Keating *et al.* 2003). Es muy arriesgado asumir un regionalismo unitario con una política unitaria. Yo deseo afirmar, sin embargo, que bajo la variedad de registros normativos de regionalismo —del febril localismo al republicanismo secular y el regionalismo internacionalista— hay un espacio común basado en el supuesto de que la autonomía territorial llevará: 1) a restaurar el control y la democracia local; 2) a aumentar los rendimientos económicos; y 3) a reforzar el sentimiento de pertenencia. Lo que quiero defender es que estas tres expectativas surgen de un imaginario del lugar y de la política del lugar fuertemente territorial, que está radicalmente en contradicción con las consecuencias que se derivan de una lectura relacional del lugar.

Un buen ejemplo lo aporta la experiencia inglesa, dominada hasta ahora por proyectos de asambleas regionales y agencias de desarrollo, demandas de devolución de la capacidad de toma de decisiones a la población local, y una fuerte retórica de recuperación y protección de las viejas identidades regionales, como Doreen Massey, Nigel Thrift y yo mismo hemos mostrado en un trabajo reciente sobre la gramática espacial de la política británica (Amin *et al.* 2003). Nuestro argumento es que estos movimientos operan con un sentido muy restringido de la democracia local, malinterpretan las necesidades espaciales de la economía contemporánea (que está cada vez más distribuida espacialmente) y juegan con una identidad regional conservacionista

que puede ser profundamente cerrada y excluyente. Otros experimentos son, por supuesto, diferentes. Por ejemplo, los nacionalistas escoceses han intentado rechazar explícitamente un sentido del lugar basado en el parroquialismo cultural, proponiendo un sentido del ser escocés basado en el multiculturalismo y en valores cosmopolitas, a pesar de que sus argumentos económicos y de gobernanza a favor de la transferencia de poderes y competencias (*devolution*) han sido muy similares. La movilización regionalista en la Silesia Alta en Polonia ha sido una defensa ardiente del reconocimiento cultural frente a una historia de represión de estado pero también (al igual que en otros contextos post-comunistas —ver Batt y Wolczuk, 2002—) como medio de articular una identidad regional y una economía regional dentro de la Europa unificada (Bialasiewicz, 2002). El caso del norte de Italia —quizás una de las demandas regionalistas más virulenta verbalmente en la Europa actual— no es significativamente diferente. Ciertamente, la retórica reciente de la Liga Norte se ha convertido en fuertemente excluyente si no explícitamente xenófoba. Pero aquí, también, las narrativas de la diferencia cultural-territorial sirven como freno del poder económico. Al margen de lo que puedan clamar sus defensores, «Padania» está constituida por sus geografías económicas (intensamente globalizadas y en red), no por una presunta identidad delimitada e inmutable (ver Agnew, 2000; Bialasiewicz, 2003). Por el contrario, al menos en términos de dónde se localiza la dinámica espacial del poder, el caso de Padania es muy distinto de las luchas históricas en el País Vasco por una nación y un estado independiente de la política centralista española (Giner, 1998; Guibernau, 2000).

Sin embargo, desde mi punto de vista, más allá de las diferencias, la tendencia a pensar las regiones y la política regional en términos territoriales es una constante. La mayoría de las versiones del nuevo regionalismo comparten la convicción de que la construcción regional y la protección de la región es el camino hacia la prosperidad económica, la democracia y la expresión cultural local. En el resto de esta sección me centro en los dos aspectos que considero más importantes de la nueva política del lugar.

3. UNA POLÍTICA DE LA GESTIÓN TERRITORIAL

El primer rasgo de la nueva política del lugar puede ser descrito como un cuadro gestor moldeado para el beneficio local, a menudo defendido como una mejora debida al deseo de romper con el control del gobierno central. Buena parte del regionalismo contemporáneo está preocupado con la toma de decisiones localizada en instituciones básicas como el gobierno regional, asambleas regionales o agencias de desarrollo regional. Este marco institucional se cree que contribuye a construir un sistema económico integrado organizado sobre la base de la dinámica de *clusters*, cadenas locales de oferta y transferencia de conocimiento local. En esta política de localismo, hoy respaldada activamente por la Unión Europea y por muchos gobiernos nacionales, hay un fuerte vínculo entre lo económico y lo político basado en la creación de una estructura institucional gobernada a escala local con el fin de apoyar un sistema económico orientado a lo local (DETR, 1997; DTLR, 2001; OECD, 2001). La Unión Europea ha tenido también un

papel muy activo en la promoción de la regionalización y la gobernanza regional en los países candidatos —ver Batt y Wolczuk, 2002—. Por una parte, es difícil encontrarle faltas a la política del localismo gerencial. ¿No ha argumentado durante años la geografía crítica que el problema regional es resultado de la concentración y centralización del capital y el control? ¿Y no supone esto, por tanto, que la descentralización y la orientación local —el establecimiento de un orden de organización del poder diferente del estado central, las corporaciones transnacionales y otros centros remotos de poder— es un primer paso necesario en la reducción de la desigualdad regional? ¿No es la construcción de capacidad local una forma de contribuir a que las regiones menos favorecidas se puedan librar de una cultura de dependencia en soluciones desde el estado central (Amin, 1999)? Quizás, pero sólo si la opción de la construcción regional y el crecimiento desde abajo puede demostrar que los supuestos del nuevo localismo son válidos y si esto va acompañado de una reducción o reorganización radical de los poderes principales que continúan dirigiendo las fortunas regionales, en cierto modo, desde la distancia. Los experimentos contemporáneos de transferencia de competencias, con su perenne preocupación con los *clusters*, asambleas, agencias de desarrollo, no cumplen estas dos condiciones. Primero, hay una evidencia creciente que muestra —a pesar de los argumentos de los teóricos de la localización económica— que en la mayoría de los contextos corporativos e industrial contemporáneos las cadenas de proveedores, vínculos y redes de conocimiento, no están circunscritos locacionalmente sino, por el contrario, se hallan muy dis-

persos espacialmente (Amin et al, 2003). Hoy, las empresas se abastecen de cadenas de oferta muy diversas, se enorgullecen de su capacidad de desligarse de mercados locales, su base de conocimiento —tanto tácito como formal— se halla cada vez más distanciada y mediada técnicamente (Amin y Cohendet, 2004) y los vínculos de infraestructura —de la logística a la capacitación— son transregionales. Estas observaciones plantean serias dudas sobre la efectividad potencial de las iniciativas de *clusters* y los beneficios locales prometidos. Segundo, el nuevo localismo no puede pretender ser capaz de controlar las fuerzas —materiales, virtuales e inmanentes— que participan en estos nuevos espacios transterritoriales. Éstas son fuerzas que de manera rutinaria esquivan, distorsionan o anulan, por medio de los precios de acciones y las tasas de interés, los cambios en las reglas y estándares, las decisiones de inversión corporativas y bancarias, transferencias financieras, flujos de información, personales y conocimiento, y decisiones en lugares distantes, los animosos esfuerzos por organizar a favor del beneficio local. Finalmente, como hemos defendido Doreen Massey, Nigel Thrift y yo en nuestra reciente polémica sobre el centralismo en Gran Bretaña (2003), muy a menudo la transferencia de competencias (o descentralización) y la construcción de instituciones locales se produce —a pesar de la retórica de arrebatarse control al estado central— sin ningún ataque serio al poder de definir de otros, desde el gobierno central, países poderosos y organizaciones internacionales, hasta los códigos legales, las métricas y los estándares tecnológicos definidos en otra parte.

El argumento que se plantea aquí no es contra la construcción de una voz y re-

presentación regional; es contra la presunción de que existe un territorio geográfico definido ahí fuera sobre el que actores locales pueden tener un control efectivo y gestionar como un espacio social y político. En un mundo moderno constituido relacionamente, en el que se ha convertido en algo normal hacer negocios y tratos —económicos, culturales, políticos— a través de organizaciones y flujos transterritoriales (Urry, 2002), me parece que la defensa local debe basarse cada vez más en el ejercicio del poder nodal y en el alineamiento de las redes en general a favor de los intereses propios y no tanto sobre el ejercicio de poder territorial (a menos que uno tenga acceso a los factores claves como el control sobre los medios de coerción y registro, como tienen algunos en ciertas regiones y estados poderosos). Regresaré más adelante a la idea de estrategias regionales «nodales». Esto no significa menospreciar la importancia de los poderes que acompañan la descentralización en áreas como los servicios públicos, el bienestar, la educación, la regulación medioambiental, la vivienda, donde el control local puede tener un impacto decisivo en la calidad de vida local. Lo que se pretende es advertir que, contrariamente a lo que tan a menudo se asume, estos poderes no acrecientan la capacidad para gobernar un espacio geográfico «gestionable». No hay un territorio regional definido sobre el que gobernar.

Esto nos lleva a un segundo problema relacionado con el significado de la democracia local en el nuevo regionalismo. En las manos de las instituciones pro-descentralización —gubernamentales o no-gubernamentales— el proyecto consiste en una política de gestión correcta y la promoción de una cultura gestionadora

local. Esto puede venir de la mano de abundantes declaraciones sobre incorporar nuevas voces e instituciones cívicas en la toma de decisiones y de numerosas referencias a un gobierno abierto y a la consulta pública: gobernar de un modo más inclusivo. No hay nada errado en esto. Sin embargo, lo que se vislumbra es una democracia restringida, muy lejos de una política ambiciosa orientada a conferir poder y participación, capaz de distribuir poder y responsabilidad más allá del control de una elite a la que tradicionalmente se ha encomendado ese trabajo. En ocasiones, cuando la definición de la democracia es más amplia e incluye la transferencia del poder a la «población local» (por ej., mediante campañas regionalistas de base), muchas de las propuestas de reforma —probablemente con la esperanza de ser tomadas en serio— parecen como mini versiones de democracia representativa, en forma de propuestas para asambleas regionales electas, elites regionales responsables, y la incorporación de intereses de grupos diferentes dentro de las asambleas. De nuevo, no hay nada equivocado en esto, pero lo que se ofrece es un modelo de democracia imitativo, en lugar de una oportunidad para una política del lugar diferente y más amplia, como intentaré ilustrar en la sección final de este texto.

4. UNA POLÍTICA DE LA IDENTIDAD TERRITORIAL

A menudo, el apoyo popular a la descentralización regional se ha buscado apelando al patrimonio cultural local que necesita ser rescatado o protegido de una amenaza cultural «exterior». La cultura interna es imaginada como una esfera pública o cultura pública definida territo-

rialmente que puede apoyar un proyecto político regionalista. Muchas hebras se tejen al narrar una comunidad regional coherente: historias que van desde la colonización y un enemigo externo común a historias de heroísmo y resistencia, así como la transcripción de una cultura folk regional. En general se asume que una cultura regional fuerte en este sentido ayuda a cementar una esfera pública compuesta de intereses comunes, orientación local y deliberación activa sobre un modo de vida local (ver Paasi, 1996).

Reconozco el riesgo de la caricatura cultural e internalismo exagerado de este resumen, pero en todo caso no deja de ser cierto que la política de la descentralización se basa en un imaginario de la región como espacio de intimidad, historia compartida o identidad compartida, y una comunidad de interés o destino. Estos se han convertido en las bases culturales movilizadoras en favor una política de la consideración de rasgos específicos y de la defensa local que sería facilitada a través de la descentralización. Se considera que la identidad regional, la presencia de una esfera pública local, y la autonomía regional caminan de manera paralela y se refuerzan mutuamente. Por supuesto, la manera específica en que la relación entre estos tres fenómenos se expresa varía de un caso a otro. Por ejemplo el regionalismo de las «naciones celtas» o el País Vasco se apoyan en un fuerte sentido de la identificación regional e identidad cultural (Le Coadic, 2002) mientras que en el caso de las regiones pujantes económicamente que buscan separarse del resto de la nación, como el ejemplo de «Padania» (y cada vez más el de Londres, basado en la falsa idea de que subsidia al resto de la nación), la invocación a la ho-

mogeneidad cultural local es muy débil. Por el contrario, regiones como Cataluña, la Toscana o el suroeste de Suecia se apoyan en las virtudes de una esfera pública diferenciada más que en una patria regional. La política de la identificación territorial viene acompañada de una carga de suposiciones problemáticas. Primero, no puede darse por supuesto que una identificación regional fuerte, del tipo mencionado más arriba, capta las prácticas culturales en la mayoría de las regiones de Europa y que congrega un público local en torno a una política regionalista. Sabemos por abundantes escritos en el campo de los estudios culturales que la principal consecuencia del globalismo contemporáneo ha sido un aumento de culturas fusionadas e híbridas y de identidades divididas y dispersas. Este globalismo define las prácticas culturales de la mayoría de las agrupaciones étnicas, de clase, de género y generacionales, por medio del poder cotidiano de los hábitos de consumo, de modo de vida y de los medios de comunicación, incluso aquellos que de una forma consciente reniegan de la modernización y la globalización, desde los conservacionistas religiosos, culturales y regionales, a los folkloristas y etno-nacionalistas. La cuestión más importante es que el globalismo cultural se ha convertido en el filtro cotidiano a través del cual se desarrolla y se expresa la pertenencia regional o el sentido del lugar (ver también Paasi, 2002). El resultado no es necesariamente un sentido debilitado del lugar sino más bien heterotópico que no puede ya ser reducido a unos bordes regionales o a una esfera pública delimitada territorialmente, sino que esta hecha de influencias que combinan lo culturalmente plural y lo cercano y distante geográficamente. Cada vez más, el apego

cultural a una determinada ciudad o región se define mediante espacios de apego plurales y, por ello, no ofrece ninguna garantía para una política enganchada al mito de la identidad regionalizada. Esto no supone negar la validez de una política del lugar o del apego a un lugar. Muy lejos de esto, se trata de cuestionar una política del lugar basada en la idea de unos ámbitos territoriales comunes o de una cultura territorial cohesionada. Claro que hay excepciones como Bosnia y Serbia u otras reivindicaciones regionalistas etno-nacionalistas orientadas por una patología de abuso colonial o etno-nacionalista, pero la norma en general es una política del lugar basada en otras formas de apego al lugar tales como el gusto por donde uno vive o por un modo de vida regional particular, u otras formas de resistencia como las relacionadas con la calidad de vida local o con decisiones de las autoridades locales. Esto me lleva a la segunda objeción. Es demasiado fácil pensar que las ciudades o regiones proporcionan esferas públicas definidas territorialmente. La imaginación popular está repleta de etiquetas simplistas sobre la apatía pública, aquí, o la glorificación de la creatividad urbana y el mestizaje, allá, o la deliberación pública activa y el debate, mas allá, o la dependencia en el estado y la familia, en otros lugares. Los textos académicos sobre el capital social han añadido legitimidad a estas caricaturas del lugar basadas en supuestos sobre la preponderancia de las esferas/culturas públicas locales, etiquetando, por ejemplo, algunas regiones como regiones cívicas (abundancia de capital social, de deliberación, de transparencia desde el estado) y otras como burocráticas (dirigidas por el estado, bajos niveles de participación pública, débil asociacionismo) o individualis-

tas (abundancia de mercado, profusión de culturas emprendedoras, estado débil).

Estas caricaturas se presentan con un cierto grado de veracidad sobre la naturaleza de las esferas públicas locales, pero las conclusiones políticas que se ofrecen son improbables. El vínculo entre la esfera pública local y la cultura política local no puede ser más que indirecto. Para empezar, es un error imaginar la esfera pública local exclusivamente en términos localistas. La esfera pública —es decir, la arena discursiva en el que cualquier individuo aquí o allá puede participar con la ayuda de numerosas tecnologías «de navegación» como los libros, periódicos, carteles anunciadores, los medios de comunicación, internet— es por su propia definición trans-territorial. Esta esfera pública es un espacio móvil, circulante y ubicuo (Warner, 2002), un espacio con capacidad para generar asociaciones y conexiones discursivas a una variedad de escalas espaciales y en una variedad de formas espaciales (desde las redes éticas transnacionales y las audiencias globales de noticias hasta los patios de juego de las escuelas y las salas de *chat*). Cualquier lugar geográfico concreto no puede ser nunca otra cosa que una conexión nodal en un espacio de red como una hiedra que no se vincula nunca a una esfera pública local. Las ciudades y regiones son nodos en muchas esferas públicas, apoyando muchas geografías de la pertenencia y la práctica política (ver también Perulli, 1998). Estos lugares no vienen automáticamente con una esfera pública local fuerte. Una consecuencia obvia de esto es que no existe un lugar predefinido para una política del regionalismo. Cualquier evolución en este sentido sólo puede ser resultado de una cam-

pañía deliberativa para formar una comunidad de sentimiento local (por encima de otros proyectos políticos).

5. UNA POLÍTICA RELACIONAL DEL LUGAR

Deseamos plantear que una lectura relacional de ciudades y regiones aporta una lectura muy diferente de la política del lugar, una que no es ni a-espacial (es decir, donde lo local queda reducido a un mero escenario) ni territorial (es decir, donde lo local geográfico lo representa todo), sino topológica (es decir, donde lo local agrupa conjuntamente diferentes escalas de la acción/práctica social) —ver Agnew, 1994—. Queremos explorar una política del lugar que sea consistente con una ontología espacial de ciudades y regiones entendidas como lugares de heterogeneidad yuxtapuesta dentro de una estrecha proximidad espacial, y como lugares de múltiples geografías de afiliación, vínculo y flujo. Queremos plantear que junto con cada uno de estos elementos hay un registro espacial específico de políticas que componen un sentido ampliado y muy diferente de lo político que el que encontramos en el nuevo regionalismo (incluso si ciertas configuraciones institucionales locales —desde las asambleas hasta otros intereses representados— pudieran reaparecer). De una forma experimental, podríamos resumir los retos políticos de estos dos registros espaciales del lugar hablando de una política de proximidad y de una política de conectividad (o transitividad), respectivamente. Utilizo la cláusula de «experimental» porque la geografía política, la geopolítica y las relaciones internacionales carecen de una terminología establecida capaz de

sintetizar políticas en términos no-territoriales pero, al mismo tiempo, también son capaces de retener un fuerte sentido de la espacialidad de las relaciones sociales (sin reducir esta espacialidad a un localismo sentimental, como advierte Massey, o alguna otra forma de políticas de frontera). Por tanto, en las siguientes secciones se presenta un marco provisional de la política del lugar en términos relacionales. Esto es, el esbozo de un imaginario alternativo que reclama la elaboración de otras dimensiones de la política del lugar.

6. UNA POLÍTICA DE LA PROXIMIDAD

Un aspecto fundamental de la globalización que la política del lugar debe asumir es la intensa negociación cotidiana de la diversidad en la mayoría de las ciudades y regiones, relacionada con la confrontación de las diferencias de tipo cultural, social, de experiencia y de aspiraciones entre aquellos que comparten un determinado espacio regional. La política de una sociedad local hecha de acuerdos minúsculos y culturas plurales que nunca acaban de unirse o adaptarse, no puede ser formulada como una política de la intimidad o de culturas regionales compartidas. Pero entonces, ¿cuáles son las alternativas? Una tentación, más bien una moda actualmente en las lecturas de Benjamín, Lefebvre y Augé, que interpreta lo local como la arena de lo prosaico y lo habitual, consiste en imaginar la política de proximidad como la política de lo cotidiano. Desde este punto de vista, esta política puede responder a los retos planteados por las negociaciones de la diferencia cotidiana en ámbitos tan habituales como el trabajo, el bienestar, la vivienda, la escuela, los espacios pú-

blicos, los servicios públicos, etc. Se destacará, por ejemplo, cómo está representada la diversidad, cómo se confrontan los intereses, cómo se satisfacen y se reconcilian diferentes necesidades. En efecto, este estilo de políticas locales no son escasas aunque rara vez se conciben como políticas de proximidad. Los debates en la planificación, los estudios sobre gobiernos locales y la política social están llenos de sugerencias prácticas acerca de cómo deberían distribuirse los bienes públicos cotidianos, cómo deberían ser escuchadas las diferentes voces e intereses, y cómo podrían reconciliarse las diferencias locales. Esta lectura de lo cotidiano es el abc de la política local en cualquier lugar, pero es una interpretación innecesariamente restrictiva. Cada vez más, la vida diaria se constituye a través de sentimientos de apego e influencias que son distantes, como muestran los trabajos de las comunidades de las diásporas, las redes corporativas, los patrones de consumo, las redes de viajes, los micro-mundos de la comunicación, y otras muchas esferas públicas que se extienden a través del espacio. Estos aspectos trans-locales de lo habitual no pueden ser recogidos dentro de una política de proximidad pero tienden a ser subestimados en las narrativas de la vida cotidiana entendidas como esencia de la proximidad geográfica. Deseamos interpretar la política de la proximidad en términos relacionales para poder de ese modo incorporar todo lo que llama la atención en una determinada localización. Como tal, ésta es una política que no puede ser confinada a lo local diario o a lo íntimo de manera que estos espacios de lo internacional o lo nacional pueden ser considerados como espacios para otro tipo de política (por ejemplo, la políti-

ca de las regulaciones, los estándares, «grandes» temas, cuestiones de estado). Sin embargo, aunque esté todo integrado dentro de lo «político» en el ámbito urbano y regional, puede plantearse legítimamente la pregunta sobre si existe algo específico sobre la política del lugar. Es tentador responder que la política del lugar no es diferente de ninguna otra clase de política espacial como pueden ser las negociaciones sobre cuestiones que surgen en el escenario nacional o internacional, o las maniobras de configuraciones políticas más fluidas como son los movimientos globales de protesta. Sin embargo, esto implica el riesgo de no tomar en cuenta los efectos potencialmente relevantes asociados con las diferencias en la configuración espacial.

El espacio puede respondernos. Yo deseo plantear la propuesta de que sí hay algo distintivo en la política del lugar como fenómeno espacial (que no es lo mismo que pretender afirmar que la diferencia está en considerar lo político a nivel local), esto es, que los diferentes micro-mundos se encuentran atrapados en el mismo terreno y las presiones y los diferentes intereses deben ser gestionados y negociados activamente porque no existe ningún otro terreno. En otras palabras, es una política formada por las cuestiones planteadas por el hecho de vivir con la diversidad y compartiendo un espacio territorial común. Por supuesto, ambos aspectos también aparecen en otras arenas espaciales. Por ejemplo, en el debate contemporáneo sobre pertenencia y ciudadanía en una sociedad multicultural, la nación se considera como el primer ámbito de interés en relación con la diversidad y un territorio comunal compartido. Lo nacional está siendo cada vez

más impugnado como espacio de pertenencia, como sabemos de sobra por las cicatrices que han dejado los ataques nacionalistas y del estado en los emigrantes y demandantes de asilo. Sin embargo, lo que quizás es característico del terreno local es que éste es percibido como un micromundo que se vive y disputa como espacio de vida; como heterogeneidad negociada habitualmente a través de conflictos sobre rutas y ruido, espacios públicos, decisiones de ocupación, barrios y vecinos, viviendas, vida de calle, etc.

Por tanto, la política de proximidad puede interpretarse como una política de la negociación de efectos inmanentes de la yuxtaposición geográfica entre espacios físicos, comunidades superpuestas y prácticas culturales discordantes. Como tal, la política de la proximidad no es automáticamente benigna o maligna, no tiene un marco predeterminado, ni composición institucional ni canon, y aparece sin restricción territorial en cuanto a su arquitectura y alineamiento espacial. En su lugar, uno sólo puede asegurarse de tomar en serio la yuxtaposición espacial como un terreno de interacción antagonista. Esto significa que la arena política local es considerada como un campo de reivindicaciones y contra-reivindicaciones, acuerdos y coaliciones que son siempre frágiles y temporales, que son siempre el resultado de la negociación y de dinámicas cambiantes interconectadas, que se extienden siempre hacia donde quiera que se plantea una reivindicación sobre el terreno o sobre extraños próximos o donde se haya generado una novedad por yuxtaposición. Una consecuencia de esta interpretación es que la política de proximidad debe ser tanto acerca de lo que se pugna y disputa (el terreno, la di-

ferencia entre las presiones de la yuxtaposición espacial) como acerca del resultado de la política local al consentir una interacción antagonista (en contra de la política de la gobernabilidad) y sobre quién y qué cuenta como agente político por medio del reconocimiento de los actos de expresión y organización que atraviesa la sociedad local (en contra de los poderes de instituciones nominadas).

Ahora tenemos una política del lugar que se presenta muy distinta de la política de la gestión regional o del destino regional que se ha convertido en el rasgo más característico del regionalismo territorial. Ésta aporta una visión y un conjunto de prioridades políticas que se establecen abiertamente y de un modo equitativo entre actores antagonistas y sus reivindicaciones concurrentes y a menudo en conflicto. Es una visión que acepta que una agenda regional tiene que ser definida a partir de los intereses dispares entre los diferentes mundos de conectividad que se superponen en determinados lugares y por medio de una discusión pública activa entre las diferentes visiones acerca de qué clase de terreno local es el que se desea y qué intereses sirve (de las clases más prósperas y comunidades mayoritarias a las minorías, marginales y extraños lejanos). La «construcción regional» se convierte en algo completamente distinto de la política del lugar que actúa con y a través de fragmentos (Paasi, 1996). Se convierte en un acto del juego libre de un cuerpo político regional activo y plural y una esfera pública igualmente plural (por ejemplo, descentralizando la toma de decisiones a organizaciones cívicas y comunidades, concibiendo la planificación como una elección de visiones y estrategias agre-

gada y negociada de forma discursiva, incorporando en este proceso sentimientos, éticas, emociones, estéticas, ambigüedades e incertidumbres en la esfera de lo que cuenta como político). Así se transforma en un acto de desarrollo de un sentido del lugar y del apego al lugar que opera con diferencia y distancia, no asumiendo indigeneidad alguna o conjunto de atribuciones privilegiadas. Finalmente, se transforma en un acto de aceptación de que los intereses y características comunes compartidos que convenimos llamar un modo de vida regional, no puede ser constituido mas que relacional y discursivamente.

Aquellos que estén impacientes por tener claridad normativa podrán objetar que esta interpretación alternativa del regionalismo es irresponsablemente imprecisa en el sentido de que carece de una visión buena de la vida. Entre los críticos, sin duda, se incluirán la comunidad de política regional, ansiosa por establecer objetivos, así como los activistas de la izquierda y la derecha, impulsados por una visión de qué es lo que se requiere hacer y por cuenta de quién. Para defenderme, yo plantearé tres cuestiones. La primera, que la visión alternativa no tiene nada que ver con la formulación de políticas en las que uno se deje llevar por la inercia o no tenga objetivos normativos claros. Nuestra posición es simplemente que éstos deben ser el resultado de un debate activo entre diferentes visiones y preferencias que hayan sido llevadas a la mesa y conferido legitimidad. Mi argumento está en contra de una presunta jerarquía de valor y orden. Esto no significa un rechazo del objetivo normativo sino de su formulación anterior a la interacción antagonista entre múltiples agentes, valores y puntos de vista.

Segundo, y en consecuencia, el regionalismo alternativo es producto del deseo de tomar la democracia (regional) en serio. Tengo dificultad para entender por qué las versiones contemporáneas del regionalismo territorial implican o abogan por una democratización que no va más allá de una redistribución del poder. Una democratización debería conseguir algo más que establecer nuevos centros de poder a escala regional: es decir, algo más que la descentralización del gobierno. Como acto de democratización, debería también ampliarse el derecho al voto, incorporar nuevas voces, afrontar las asimetrías de poder, descentrar la autoridad y responsabilidad, y pluralizar el proceso de toma de decisiones. Un regionalismo democrático, por tanto, tiene que aceptar las alteraciones, antagonismos, resultados inesperados y excesos generados al permitir que la heterogeneidad y la diferencia sean expresadas.

Tercero, el regionalismo alternativo incorpora nuevas prioridades al marco de lo que necesita ser tenido en cuenta. Esto incluye, sobre todo, las cuestiones que surgen por la yuxtaposición de diferencias, que van desde las que están relacionadas con lo indígena, lo étnico y el sentido del lugar, hasta lo que tiene relación con el derecho a reivindicar por parte de diferentes intereses económicos en una región. Me sorprende que los actuales mantras regionalistas no tengan mucho que preguntar en el ámbito cultural sobre los cambios en el sentimiento del lugar y el apego al lugar en una sociedad multiétnica y multicultural, o en el ámbito económico, en relación a si los intereses y prácticas de los actores que participan en la economía local —desde el mantenimiento y reparaciones y distribución y lo-

gística al sector informal, servicios públicos, pequeñas empresas y el sector corporativo—, pueden agruparse en *clusters* de interdependencia local. Un sentido de lo local como un fractal cultural o economía fractal tendría como resultado una política local muy diferente, una que comenzaría con el supuesto de que no hay cultura o coherencia económica a escala exclusivamente local.

7. UNA POLÍTICA DE LA CONECTIVIDAD

La esfera pública plural que está implicada en la formación de la región es una esfera imprecisa en términos espaciales y geográficamente variable. Esto sugiere una condición del lugar que opera a través de su condición real constitutiva, no una que disfraza —como hace el nuevo regionalismo— la política nacional de menor dimensión con supuestos contornos territoriales internos y externos y con una identidad regional imaginada. Como he defendido anteriormente, es difícil imaginar áreas de vida social que no estén insertas en circuitos de organización/flujo extendidos espacialmente que incluyan dinero, comercio, trabajo, fe, creencia, consumo, información, conocimiento y poder. Igualmente, es difícil aferrarse a la idea de la esfera pública como determinada exclusivamente para un territorio. Como quiera que optemos por describir las instituciones y prácticas del regionalismo, éstas incorporan conexiones, significados e influencias que no son nunca exactamente de ese lugar.

De ahí que la política del lugar, nos guste o no, tiene que operar con las diversas geografías de la conectividad relacional y la transitividad que constituyen la vida pública y el ámbito político local en

una ciudad o región típica de nuestros días. Analíticamente, el nuevo regionalismo reconoce esta dimensión constitutiva exterior. La mayoría de las variantes contemporáneas reconoce los cambios locales provocados por la inmigración, viaje y éxodos, conectividad cultural local, cadenas de negocios, mundos virtuales o proyectados por los medios de comunicación, y otros elementos del moderno globalizado. Los regionalistas generalmente aceptan que la vida local está condicionada por estas influencias. Sin embargo, a la hora de lo normativo, esta exterioridad se rechaza o se menosprecia. Así, por ejemplo, regionalistas autonomistas y culturales tienden a transitar por narrativas fuertemente arraigadas y con pedigrí local que les permite fabricar una comunidad local meramente imaginaria. Entretanto, regionalistas pragmáticos y defensores de la delegación y descentralización han tendido a considerar esta exterioridad como ontológicamente separada de un «interior» regional que aún puede ser movilizado y organizado para promover la prosperidad local a través de intervenciones como *clusters* y concertación pública.

Una política del lugar basada en la idea de que «hacemos espacio mediante interacciones a todos los niveles» (Massey, 2004) tiene que ser diferente. Tiene que ser producida a través de las diversas espacialidades de conectividad y transitividad que cruzan una determinada región, de tal manera que *dentro* y *fuera* ya no están nunca más definidos localmente. Lo que se considera como «espacio local» y lo que se considera como una prioridad local no puede ser determinado territorialmente, sino de otra manera. Lo primero sería definir las prioridades regio-

nales, confrontadas programáticamente por medio de comunidades de apego y resistencia constituidas relacionamente. El resultado es un «dentro» regional producido por medio del debate público sobre programas políticos o visiones de la vida buenos. En efecto, esto debería ocurrir de una manera abierta en la que tanto actores locales como distantes pudieran firmar un determinado programa y así, al menos, liberar a extraños próximos que habitan mundos diferentes de la tiranía de pertenecer a una «comunidad local» de intereses compartidos.

Este énfasis en una política dirigida por la óptica de la conectividad relacional conlleva cambios importantes en el manejo de la política regional, como Massey, Thrift y yo hemos empezado a plantear en nuestro trabajo sobre regionalismo cosmopolita (Amin et al, 2003). Dos ejemplos —uno relacionado con las prioridades económicas regionales y el otro con las prioridades culturales regionales— pueden ayudar a ilustrar la diferencia. Primero, en una política relacional del lugar, las decisiones sobre lo que es bueno y malo para la economía local no deberían dissociarse de los condicionantes escalares o territoriales, como hace el nuevo regionalismo, que defiende de forma habitual que la «autonomía» local es *per se* digna de recibir el poder y administrarlo eficazmente mientras que todo control «exterior» es debilitador, o que la aglomeración industrial local mejora los beneficios locales mientras que las cadenas de producción globales despojan de estos beneficios, o que las instituciones que surgen de lo local tienen una orientación local mientras que las instituciones distantes son predatoras o indiferentes en el mejor de los casos. En su lugar, la decisión sobre el valor

económico debería estar basada en un profundo debate público entre modelos alternativos de prosperidad económica y bienestar (por ejemplo, democracia neoliberal frente a democracia social) y entre visiones contrastadas del bienestar económico. El que una visión u otra se apruebe o no por los residentes estará en función de cómo esa visión encaje con sus intereses, los cuales pueden estar enlazados a conectividades locales más allá de la región.

Así pues, la labor del debate local sobre prioridades económicas —dentro de las corporaciones de desarrollo, asambleas regionales, o la palestra pública— se transformaría en discutir qué clase de economía regional se desea, donde cabe esperar que aquellos que prometen diversas ventajas sean transparentes sobre los beneficios asociados entre modelos concurrentes de prosperidad regional, en lugar de apoyarse en la presunción de que el localismo económico por sí mismo asegura competitividad regional y ventajas para todos. Independientemente de lo que imaginemos sobre lo inevitable de la economía liberal o de la política «contenedora», incluso la mirada más superficial a la experiencia en diferentes partes del mundo muestra el resultado de modelos plurales de prosperidad y organización económica. Existen diferentes modelos, cada uno con su conectividad espacial, cada uno con sus particulares implicaciones locales, cada uno demandando un conjunto de soluciones políticas y de actores políticos diferentes, para poder maximizar los beneficios locales.

Estos modelos y sus consecuencias necesitan ser divulgados, dados a conocer. Por ejemplo, hay una diferencia radi-

cal entre elegir un modelo de crecimiento basado en el poder de empresas transnacionales, mano de obra inmigrante, elites locales, salarios bajos y regulaciones mínimas, y un modelo de crecimiento que se basa en la necesidad social, comercio justo, redistribución, inversión social, cooperación internacional, mutualidades y vínculos con otras regiones que intentan llevar adelante el mismo tipo de agenda económica. El primer modelo, que no se aleja mucho de las circunstancias que encaran muchas regiones desfavorecidas, es un modelo de *redistribución-a-posteriori* impulsado para favorecer los intereses sectoriales que se apoyan en una conectividad relacional local-global orientada hacia la minimización de costes y maximización de beneficios, y que exige intervenciones políticas específicas (por ejemplo, mejorar la base de la oferta local, atraer mano de obra cualificada, ofrecer incentivos de calidad a las multinacionales) para de este modo mejorar los beneficios locales (en el caso de que no sean viables modelos alternativos).

El segundo modelo, el modelo de *crecimiento-equitativo*, se apoya en los principios de mutualidad y obligación social, exige que se haga una labor para legitimar una economía de crecimiento equilibrado y bajos niveles de desigualdad de la renta; una cultura de la solidaridad social que vincula ciudadanos tanto localmente como de un mundo lejano. Este contraste es, obviamente, una caricatura pero quiero subrayar la idea de que la discusión de prioridades económicas regionales puede ser muy diferente si el análisis de los «beneficios locales» se sitúa dentro de un marco de trabajo que integre las relaciones de poder y reciprocidad en torno a una visión global sobre el

bienestar económico (sin tener un a priori concreto sobre lo «indígena»).

De la misma manera, en el área de las prioridades culturales —el segundo ejemplo— elegir el marco de la política de conectividad llevaría a la dinámica material, efectiva, de la formación cultural, sin una ontología previa sobre el origen o lo indígena. Sin embargo, esto tampoco quiere decir que una política de conectividad liberada del peso de la nostalgia regional vaya a dar un regionalismo que automáticamente reconoce la diferencia cultural y la hibridación o mestizaje. Tal y como sucede con la economía, es necesario orquestar un debate activo sobre diferentes modelos de conectividad cultural, sobre el tipo de conexiones culturales que las personas en una región desean defender, sobre el valor de la interacción relacional más allá de la región.

De nuevo, en aras de la claridad, podemos comparar dos versiones muy diferentes de conectividad cultural que circulan en los debates actuales sobre multiculturalismo. Una es el cosmopolitanismo «consumidor» tipificado por el programa Capital Europea de la Cultura de la Unión Europea, que celebra las ciudades y regiones como paisajes culturales y juega con las virtudes del mundo musical, cocinas exóticas de minorías étnicas y festivales, regeneración basada en culturas múltiples y espacios públicos multi-étnicos, y en el exotismo de lo extranjero. Una ola de estrategias contemporáneas de regeneración urbana y regional juega con este aspecto de pertenencia en el mundo con el fin de estimular la economía local mediante nuevos consumos así como en mostrar una apertura al multiculturalismo y la multi-étnicidad. Otra versión de la conectividad cultural es una cultura

cosmopolita de solidaridad y derechos que ha ido surgiendo en diferentes partes del mundo como forma de respuesta local a la pobreza global, la intolerancia étnica y el imperio. Se basa en combatir el racismo, proteger los derechos de las personas desplazadas y de las que solicitan asilo, y en alimentar un diálogo intercultural y el compromiso con extraños lejanos. Habitualmente, esta cultura implica a grupos locales que dan voz y producen impacto a través de redes internacionales de solidaridad y movimientos sociales con el fin de dar forma e influir en la cultura política tanto «en casa» como en otras regiones. Aunque la conectividad cultural en ambos ejemplos rechaza una idea de la región como lugar de reminiscencia y preservación cultural, no comparten el mismo sentido del lugar en el mundo.

Como en el ejemplo de la economía, la cuestión es que la política de conectividad no se refiere al balance entre localismo y globalismo. Es una cuestión de hacer explícito y de elegir entre diferentes sentimientos de lugar y del apego al lugar sobre la base de una interacción antagonista entre diferentes coaliciones de apego cultural y geográfico. Por tanto, una región concebida de este modo debería ser capaz de poder ser reivindicada por otros actores distantes y, a su vez, poder vincularse con desarrollos en otros lugares sobre la base de una complementariedad normativa genuina.

8. CONCLUSIÓN

Mi objetivo en este texto ha sido articular un regionalismo imaginado relacionamente libre de las restricciones de la ju-

risdicción territorial. He intentado mostrar que si el lugar es relevante en esta perspectiva es por medio de los retos —culturales, económicos y políticos— lanzados por la yuxtaposición espacial de la diferencia y por los efectos de la conectividad en una multitud de espacios relacionales. He intentado ilustrar que estos efectos espaciales realmente importan, en términos de lo que invoca la atención política, de lo que se considera relevante o posible y de qué, dónde y quién es movilizado por el proceso político.

Una cuestión que planteo es si en esta lectura alternativa del regionalismo se mantiene algo como distintivo sobre la política del lugar. Un eje de mi argumento ha sido que lo que ocurre en la ciudad o en la región tiene que ver con cuestiones de elección política y de democracia que pueden encontrarse en todos los lugares y que hace que la política de ciudades y regiones no se diferencie de la política, por ejemplo, del hogar, de la nación o de Internet. No se gana nada tratando a las ciudades y regiones como fetiches, como formas particulares de comunidad que se prestan a configuraciones o elecciones políticas definidas territorialmente o restringidas espacialmente. Esto simplemente comprime lo político al nivel urbano y regional o lo restringe a determinadas funciones. Así, una suposición típica actual consiste en considerar que los gobiernos nacionales deben ocuparse de los asuntos relacionados con el territorio y las regiones deberían concentrarse sólo en cuestiones locales, o que mientras que la nación debería decidir sobre cuestiones tales como el asilo, la inmigración y el racismo, las regiones deberían centrarse en cuestiones «más pequeñas» o de la cultura local.

Sin embargo, no es suficiente detenerse aquí porque ello significa erosionar el significado de la diferencia espacial. Hemos defendido aquí que las ciudades y regiones poseen una espacialidad específica como aglomeraciones de heterogeneidad aprisionadas en una multitud de redes relacionales de alcance geográfico diverso. Como tales, éstas expresan, quizás más que otras formaciones socio-espaciales (naciones, hogares, organizaciones, comunidades virtuales e imaginadas), las manifestaciones más intensas de la proximidad y conectividad espacial múltiple. Estas son formaciones «nodales» características y, por ello, reflejan un tipo particular de política espacial. Estas formaciones pueden interpretarse como el ámbito de verificación de retos que surgen cuando la diferencia se agrupa de forma tan evidente en un lugar y cuando una globalidad de innumerables flujos y conexiones quedan temporalmente inmovilizadas en un lugar. Los diferentes actores económicos, diferentes culturas, diferentes ciudadanos y no-ciudadanos, diferentes sueños y diferentes necesidades adoptan posiciones y compiten por la atención en sí misma a través de los efectos de la proximidad espa-

cial (rabia, disonancia, distancia, visibilidad, encuentro, evasión, movilidad, no-correspondencia). A su vez, los flujos y conectividades globales proyectan continuamente nuevos dilemas a las posiciones tomadas por los agentes, posiblemente también nuevos retos políticos, desde los relacionados con las negociaciones cotidianas de la diversidad cultural o los conflictos entre los pobladores locales en proceso de cambio sobre cuestiones cotidianas, hasta la reimaginación de lo local a través de la diáspora y de pertenencias y añoranzas o estrategias de regeneración económica local basada en la economía de remesas. Si las ciudades y regiones se analizan relacionamente se pueden convertir en generadoras de un tipo de energía democrática porque éstas actuarían continuamente recordando a los ciudadanos lo que significa vivir con la diferencia y la conectividad global diaria.

Agradecimientos

Agradezco a Luiza Bialasiewicz, Stuart Elden y Gordon MacLeod su ayuda en la finalización de este texto.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGNEW, J. (1994): «The territorial trap: the geographical assumptions of international relations theory», *Review of International Political Economy*, 1: 53-80.
- AGNEW, J. (2000): «The road to Padania: the Northern League and Italian regionalism», *International Journal of Urban and Regional Research*, 24: 227-231.
- AMIN, A. (1999): «An institutionalist perspective on regional development», *International Journal of Urban and Regional Research*, 2: 365-378.
- AMIN, A. (2002): «Spatialities of globalisation», *Environment and Planning A*, 34 (3): 385-99.
- AMIN, A. and COHENDET, P. (2004): *Architectures of Knowledge: Firms, Capabilities, and Communities*. Oxford University Press, Oxford.
- AMIN, A.; MASSEY, D. and THRIFT, N. (2003): *De-centering the Nation: A Radical Approach to Regional Inequality*. Catalyst, London.
- AMIN, A. and THRIFT, N. (2002): *Cities: Rethinking Urban Theory*. Polity Press, Cambridge.
- BATT, J. and WOLCZUK, K. (eds.) (2002): *Region, State and Identity in Central and Eastern Europe*. Frank Cass, London.
- BIALASIEWICZ, L. (2002): «The re-birth of Upper Silesia», *Regional and Federal Studies*, 12 (2): 111-132.
- BIALASIEWICZ, L. (2003): «A society to match the scenery? New myths for new spaces in the Veneto città diffusa», in ECKARDT, F. (ed.): *The European City in Transition*. Weimar, Bauhaus-Universität Weimar and the European Commission.
- CASTLES, S. and MILLER, M. (1998): *The Age of Migration* (2nd edn), Macmillan, Basingstoke.
- COLEMAN, S. and CRANG, M. (eds.) (2002): *Between Place and Performance*. Berghahn Books, London.
- CONNOLLY, W. E. (2002): *Neuropolitics: Thinking, Culture, Speed*. University of Minnesota Press, Minneapolis. DETR (1997): *Building Partnerships for Prosperity: Sustainable Growth, Competitiveness and Employment in the English Regions*. Cm 3814, The Stationery Office. London.
- DTLR (2001): *Your Region, Your Choice: Revitalising the English Regions*. Cm 5511, The Stationery Office, London.
- DICKEN, P. (2003): *Global Shift*, Sage. London.
- GINER, S. (1998): *Catalonia: The Tradition of Modernity*. University of Southampton, Southampton.
- GRAHAM, S. (2002): «FlowCity: networked mobilities and the contemporary metropolis», *Journal of Urban Technology*, 9 (1): 1-20.
- GRAY, J. (2003): *Al Qaeda and What it Means to be Modern*. Faber and Faber, London.
- GUIBRENAU, M. (2000): «Spain: Catalonia and the Basque country», *Parliamentary Affairs*, 53 (1): 55-68.
- HARDT, M. and NEGRI, A. (2000): *Empire*. Harvard University Press, Cambridge, MA.
- HUGHES, A. and REIMER, S. (eds.) (2004): *Geographies of Commodity Chains*. Pearson, London, forthcoming.
- KEATING, M. (1998): *The New Regionalism in Western Europe*. Elgar, Cheltenham.
- KEATING, M.; LOUGHLIN, J. and DESCHOUWER, K. (2003): *Culture, Institutions and Economic Development: A Study of Eight European Regions*. Elgar, Cheltenham.
- LE COADIC, R (2002): *Bretagne, le fruit défendu?* Presses Universitaire de Rennes, Rennes.
- MASSEY, D. (1999): *Power-geometries and the Politics of Space and Time*. Hettner Lecture 1998, Department of Geography, University of Heidelberg.
- NEDERVEEN PIETERSE, J. (2003): *Globalisation and Culture*. Rowman and Littlefield, New York.
- OECD (2001): *Cities and Regions in the New Learning Economy*. Paris.
- PAASI, A. (1996): *Territories, Boundaries and Consciousness: The Changing Geographies of the Finnish-Russian Border*. John Wiley, London.
- PAASI, A. (2002): «Bounded spaces in the mobile world: deconstructing "regional identity"», *Tijdschrift voor Economische en Sociale Geografie*, 93: 137-148.
- PERULLI, P. (ed.) (1998): *Neo-regionalismo: L'economia archipelago*. Torino: Bollati Boringhieri.
- STOLLER, P. (2002): *Money has no Smell*. Chicago University Press, Chicago, IL.
- THRIFT, N. (1999): «Steps to an ecology of place», in MASSEY, D.; ALLEN, J. and SARRE, P. (eds): *Human Geography Today*. Polity Press, Cambridge.
- URRY, J. (2002): *Global Complexity*. Polity Press, Cambridge.
- WARNER, M. (2002): «Publics and counterpublics», *Public Culture*, 14 (1): 49-90.
- WHATMORE, S. (2002): *Hybrid Geographies*. Sage, London.